

cuello al yugo que Scipion la impuso.

He aquí el glorioso triunfo debido á la paciencia romana. Pueblos á quienes las desgracias y contratiempos enardecian é inflamaban su valor en vez de hacerles decaer de ánimo y abatirse, tenian mucha razon en creer que todo se salvaba con tal de que no se perdiese la esperanza; y Polybio previó muy bien, cuando examinando las constituciones de las dos repúblicas de Roma y Cartago, dijo que ésta acabaria por ser dominada por aquella.

Si los romanos se hubiesen servido de sus grandes cualidades políticas y militares únicamente para conservar su estado en paz, ó para proteger á sus aliados oprimidos, como querian aparentar, debería alabarse tanto su equidad como su valor y prudencia. Pero luego que hubieron gustado de la dulzura de la victoria, quisieron que todo el mundo se les sometiese, empezando primero por pretender que sus vecinos recibiesen sus leyes, y despues extendieron su ambicion á todos los demas pueblos de la tierra, pues á todos intentaron someterles á su imperio, obligándolos á que les reconocieran por señores.

Para conseguir su intento y llegar á sus fines, supieron manejarse perfectamente para conservar sus aliados, unirlos entre sí, sembrar la division y los celos entre sus enemigos, pene-

trar sus secretos, descubrir sus inteligencias y prevenir sus empresas.

No se limitaban solo á espiar los pasos de sus enemigos, sino tambien todos los progresos que hacian sus vecinos: solícitos, sobre todo, y cuidadosos ya fuese en sembrar la division, ó para contrapesar las fuerzas que se hacian demasiado temibles, ó que servian de gran obstáculo para sus conquistas.

Así es que no tenian razon los griegos en creer en tiempo de Polybio, que Roma debía su engrandecimiento mas bien al azar que á su conducta. Hallábanse muy apasionados por su nacion, y muy envidiosos de los pueblos que veían sobreponerse á ellos: ó quizás que viendo progresar tan de prisa al imperio romano, sin penetrar los secretos de su política que hacian mover aquel gran cuerpo, atribuyesen al acaso, segun la costumbre de los hombres, los efectos cuyas causas no les eran conocidas. Pero Polybio, á quien su íntima familiaridad con los romanos le facilitaba iniciarse en el secreto de sus proyectos, y que observaba tan de cerca la política romana durante las guerras púnicas, fue mas equitativo que los demas griegos, y vió que las conquistas de Roma eran una consecuencia necesaria de un plan bien meditado. Porque veía á los romanos, desde las playas del Mediterráneo estender sus miras por todas las costas vecinas hasta las de España y de la Si-

ria, observar cuanto pasaba ó se hacia en ellas, ir avanzando poco á poco, y de una parte á otra; afirmar y consolidar su poder antes de estenderse mas; no sobrecargarse de muchos negocios á la vez; disimular por algun tiempo, y declararse con oportunidad; aguardar á que Anibal fuese vencido para desarmar á Filipo, rey de Macedonia, que le habia favorecido; una vez emprendida la ejecucion de un proyecto, no dejarle de la mano, ni cansarse ni hallarse contentos hasta haberlo concluido del todo; no dejar á los macedonios ni un solo momento para que se reconocieran; y despues de haberlos vencido, restituir por un decreto público á la Grecia por tan largo tiempo cautiva, la libertad de que ella misma se habia ya olvidado; por este medio esparcir el terror por una parte, y por otra, la veneracion de su nombre: era lo suficiente para deducir que los romanos no obraban al azar, y que cuando se arrojaron á emprender la conquista del mundo, hicieronlo siguiendo un plan concertado y una conducta arreglada al gran designio que se propusieran.

Esto es lo que vió Polybio en los tiempos del engrandecimiento de Roma. Dionisio de Halicarnaso, que escribió despues de establecido el imperio, y en tiempo de Augusto, dedujo lo mismo, tomando desde su origen las antiguas instituciones de la república romana, tan propias por su naturaleza para formar un pueblo

invencible y dominante. Ya puede haberse visto lo bastante para abrazar la opinion de estos dos sabios historiadores, y para condenar á Plutarco, quien, apasionado siempre por sus griegos, atribuye solo á la fortuna la grandeza romana, y solo á la virtud la de Alejandro.

Empero quanto mas se empeñen estos historiadores en probar que las conquistas de Roma se hicieron por un plan meditado, mas en claro ponen la injusticia con que las emprendieron é hicieron. Este vicio es inherente al deseo de dominar, el que por esta razon es justamente condenado por las reglas del evangelio. Pero la filosofía por sí sola basta para hacernos entender que nos es dada la fuerza para conservar nuestros bienes, y no para usurpar los ajenos. Ciceron lo reconoció; y las reglas que nos ha dado para hacer ó declarar la guerra á un país son una manifiesta reprobacion de la conducta de los romanos.

Verdad es que se mostraron bastante justos al principio del establecimiento de su república. Parecia que ellos mismos querian moderar su ardor belico, circunscribiéndole á los límites que la equidad prescribia. ¿Qué cosa mas bella ni mas santa que el colegio de los feciales, ya fuese Numa su fundador, como lo dice Dionisio de Halicarnaso, ó ya Anco Marcio, como dice Tito Libio? Este consejo fue establecido para juzgar si una guerra era ó no justa: este exa-

men debía preceder á la propuesta del senado y á la resolución del pueblo. Cuando era reconocida la justicia de la guerra, el senado tomaba sus medidas para emprenderla; pero ante todo se reclamaba, según las formas, del usurpador que restituyese las cosas que injustamente usurpara, y no se llegaba á las manos hasta después de haber agotado en vano todos los medios de reparación y de prudencia por las vías de la persuasión. Santa institución, si las hubo jamas, y que debe ruborizar á los cristianos, á quienes un Dios venido al mundo para dar la paz á los hombres, no ha podido inspirarles este mismo espíritu de paz ni el de la caridad, por la que se sacrificó. ¿Pero de qué sirven las mejores instituciones cuando degeneran y se convierten en puras fórmulas? El placer de vencer y de dominar corrompió bien pronto en los romanos la rectitud que la equidad natural les inspirara. Las deliberaciones de los feciales no fueron entre ellos mas que una formalidad inútil; y no obstante que hiciesen en favor de sus mayores enemigos acciones de gran equidad, y aunque se condujesen con clemencia, la ambición les impedía que presidiese la justicia en sus consejos.

Ademas, sus injusticias eran tanto mas peligrosas, cuanto que sabian cubrirlas con el especioso pretexto de la equidad, y cuanto que iban sometiendo insensiblemente á su dominación á

los reyes y á las naciones so color de protegerlos y defenderlas.

Añadamos tambien que se conducian con crueldad con los que les resistian: cualidad bastante natural á los conquistadores, que saben que el miedo hace mas de la mitad de las conquistas. Es menester dominar á este precio; ¿y es tan dulce el mando, que quieran los hombres comprarlo con acciones tan inhumanas? Los romanos, para difundir el terror por todas partes, dejaban, en las ciudades tomadas, terribles espectáculos de crueldad, y afectaban parecer desapiadados sin perdonar ni aun á los mismos reyes, á quienes hacian morir inhumanamente, después de haberles conducido en triunfo cargados de cadenas, y atados á los carros como esclavos. Así se conducian con aquellos que aguardaban la fuerza para someterse á su dominación.

Pero si eran crueles é injustos para conquistar, gobernaban con equidad las naciones subyugadas. Procuraban hacer amable su gobierno á los pueblos sometidos, creyendo que este era el mejor medio de asegurar sus conquistas. El senado procuraba tener refrenados á los gobernadores, y hacia justicia á los pueblos. Esta corporacion era mirada como el asilo de los oprimidos; y por esta razon las concusiones y las violencias no fueron conocidas entre los romanos hasta los últimos tiempos de

la república, hasta cuyo tiempo la circunspecta y delicada conducta de sus magistrados fue la admiración de toda la tierra.

No eran los romanos de aquellos conquistadores brutales y avaros que no respiran mas que pillage, ó que establecen su dominación sobre las ruinas de los países vencidos; procuraban el bienestar de todos los que estaban bajo su dominación, haciendo florecer en dichos países la justicia, la agricultura, el comercio, las artes y las ciencias, procurando por estos medios no solo acrecentar la prosperidad de los países que dominaban, sino mejorar la moralidad de sus habitantes.

Esto es lo que contribuyó á que formasen el imperio mas floreciente y mas consolidado, así como el mas estenso y vasto que se ha conocido en todos los siglos. Desde el Eufrates y el Tanais hasta las columnas de Hércules y el mar Atlántico obedecíanles todas las tierras y todos los mares: y desde el medio, y como desde el centro del mar Mediterráneo, abrazaban toda la extensión de este mar, penetrando á lo largo y á lo ancho por todos los estados que le confinaban, y desde allí mantenían entre los dos mares la comunicación de su imperio. Se asombra uno cuando considera que las naciones que forman al presente reinos tan poderosos, tales como las Galias, las Españas, la Gran Bretaña casi toda entera, la Iliria hasta

el Danubio, la Germania hasta el Elba, el África hasta sus horribles é impenetrables desiertos, la Grecia, la Tracia, la Siria, el Egipto, todos los reinos del Asia menor, y los que se hallan entre el Ponto Euxino y el mar Caspio, y los demas de que yo quizá me olvido, ó que no quiero referir, no han sido durante muchos siglos mas que provincias romanas. Todos los pueblos de nuestro hemisferio, hasta los mas bárbaros, han respetado su poder; y los romanos han establecido casi por todas partes en ellos, con su imperio, sus leyes y su cultura.

Es una especie de prodigio que en un imperio tan vasto, que abrazaba tantas naciones y tantos reinos, los pueblos hayan sido tan obedientes, y hayan sido tan raras las sublevaciones. La política romana fue la que por diversos medios contribuyó á estos resultados, y por lo tanto merece que se explique aunque sea en pocas palabras.

Las colonias romanas, establecidas por todas partes en el imperio, producian dos efectos admirables: uno era descargar á la ciudad de un gran número de ciudadanos, pobres la mayor parte; otro, guardar los puestos principales, é ir acostumbrando poco á poco, y habituando á los pueblos extranjeros á las costumbres romanas.

Estas colonias, que llevaban consigo sus pri-

vilegios, permanecian siempre unidas al cuerpo de la república, y poblaban todo el imperio de romanos.

Pero ademas de las colonias, un gran número de ciudades obtenian para sus ciudadanos el derecho de ciudadanía romana; y, unidas por su interes al pueblo dominante, servian para refrenar y mantener en la obediencia á las ciudades vecinas.

Sucedió al fin que todos los súbditos del imperio se creyeron romanos. Los honores del pueblo victorioso fuéronse comunicando poco á poco á los pueblos vencidos: fuéles abierto el senado, y podian optar, no solo á todos los destinos, sino aspirar hasta el imperio. De esta manera, por la clemencia romana, todas las naciones no formaban mas que una sola nacion, y Roma fue mirada como la patria comun.

¿Qué facilidad no producía á la navegacion y al comercio esta maravillosa union de todos los pueblos del mundo bajo un mismo cetro? La sociedad romana lo abrazaba todo; y á escepcion de algunas fronteras, inquietadas algunas veces por los vecinos, todo el resto del universo gozaba de una profunda paz. Ni la Grecia, ni el Asia menor, ni la Siria, ni el Egipto, ni en fin, la mayor parte de las otras provincias, han estado sin guerras mas que en el tiempo en que estuvieron sometidas al imperio romano; y fácil es entender que un co-

mercio tan agradable de las naciones servia para mantener en todo el cuerpo del imperio la concordia y la obediencia.

Las legiones, distribuidas para la custodia de las fronteras, defendiendo el imperio por la parte exterior, consolidaban lo interior. No acostumbraban los romanos á tener ciudadelas en sus plazas, ni á fortificar sus fronteras; esto no empezó hasta Valentiniano I. Antes se hacía únicamente consistir la fuerza y la seguridad del imperio en la posicion de las tropas, las que se colocaban de manera que pudiesen prestarse apoyo unas á otras. Ademas, como tenían orden de estar siempre acampadas, no incomodaban en manera alguna á las ciudades; no tolerando por otra parte la disciplina que los soldados se desparramasen por el campo: por lo que los ejércitos romanos no causaban embarazo ninguno ni al comercio ni á la labor. Formaban en su campo como una especie de ciudades, que no se diferenciaban de las demas sino en que los trabajos eran en ellas continuos, la disciplina mas severa, y el mando y gobierno mas fuertes. Estaban siempre dispuestos para el menor movimiento; y esto era bastante para mantener el orden público, con solo hacer ostension de esta milicia invencible.

Pero nada contribuía tanto á mantener la paz en el imperio como el orden de la justicia. La antigua república le había establecido:

los emperadores y los sábios le han explicado basándole en estos mismos fundamentos: todos los pueblos, hasta los mas bárbaros, le han mirado con admiracion, y por esto es principalmente por lo que los romanos han sido juzgados dignos de ser los señores del universo. Además, si las leyes romanas han parecido tan santas, que su magestad ha sobrevivido y sobrevive todavía á las ruinas de su imperio, es porque la sana razón; que es la señora de la vida humana, reina en ellas por todas partes, y porque no se ve en ninguna otra una aplicacion mas bella de los principios de la equidad natural.

A pesar de la grandeza del nombre romano, de su profunda política, y de todas las bellas instituciones de aquella famosa república, llevaba en su seno el germen de su ruina en los perpetuos celos del pueblo contra el senado, ó mas bien de los plebeyos contra los patricios. Rómulo fue quien estableció esta distincion. Bien era necesario que los reyes tuviesen una nobleza ligada á su persona por vínculos particulares, y por cuyo conducto gobernasen el resto de la plebe. Por esto fue por lo que Rómulo eligió á los padres, con los que formó el cuerpo del senado. Se les dió esta denominacion á causa de su dignidad y de su edad; y de ellos descendieron las familias patricias. Además, no obstante la autoridad que Rómulo reservó al pueblo, puso á los plebeyos en muchas cosas bajo

la dependencia de los patricios; y esta subordinacion necesaria á la monarquía se conservó no solo en tiempo de los reyes, sino tambien en el de la república. De la clase de los patricios se tomaban siempre los senadores. A los patricios correspondian los empleos, los mandos, las dignidades, y hasta la del sacerdocio; y los padres que fueran los autores de la libertad, jamas quisieron desprenderse de sus prerogativas. Pero introdujéronse bien pronto las rivalidades entre los dos órdenes. No tengo necesidad de hablar aqui de los caballeros romanos, tercero y como orden medio entre los patricios y la plebe, el que tan pronto tomaba un partido como otro. Entre estos dos órdenes fue entre los que se introdujeron los celos, los que se avivaban en diferentes ocasiones; siendo siempre la causa profunda que los mantenía vivos el amor á la libertad.

La máxima fundamental de la república era mirar la libertad como una cosa inseparable del nombre romano. Un pueblo alimentado en este espíritu, digamos mas, un pueblo que se creía nacido para mandar á los demas pueblos, y al que Virgilio por esta razon apellida tan noblemente el pueblo rey, no quería recibir la ley de nadie mas que de sí mismo.

La autoridad del senado se juzgó necesaria para moderar las resoluciones públicas, que sin este temperamento hubieran sido demasiado tu-

multuosas. Pero en el fondo, al pueblo tocaba dar los mandos, establecer las leyes, y decidir acerca de la paz y de la guerra. Un pueblo que estaba en posesion de las prerogativas mas esenciales del trono, se creia en alguna manera rey. Gustábale ser aconsejado, pero no forzado por el senado. Todo lo que parecia demasiado imperioso, todo lo que indicaba alguna superioridad, en una palabra, todo lo que menoscababa ó parecia menoscabar la igualdad que exige un Estado libre, hacíasele sospechoso á aquel pueblo delicado. El amor á la libertad, á la gloria, y á las conquistas, hacia difícil su manejo y gobierno; y la audacia que les hacia emprender todo por fuera, no podia dejar de producir la division en lo interior.

Asi fue que Roma, tan celosa de su libertad, por amor á la misma, que era el fundamento de su estado, vió surgir la division entre todos los órdenes de que se componia. De esto nacieron los furiosos celos entre el senado y el pueblo, entre los patricios y los plebeyos: los primeros alegando siempre que la libertad excesiva acababa por destruirse á sí misma; y los segundos, por el contrario, temiendo que la autoridad, que por su naturaleza va siempre en progreso ascendente, no degenerase al fin en tiranía.

Entre estos dos extremos, un pueblo, por otra parte tan sábio, no pudo encontrar un justo

medio. El interés particular, que hace que de una ú otra parte se lleven las cosas mas lejos de lo que es menester para el bien público, no permitia dirigirse por consejos moderados. Los espíritus inquietos y ambiciosos, los turbulentos escitaban y enconaban los ánimos para prevaleerse de los resultados que produjeran sus manejos; y estos celos, ya simulados ó ya manifestados ostensiblemente, segun las ocasiones, pero siempre vivos, causaron, en fin, aquel gran trastorno acaecido en tiempo de César y todos los demas que se le siguieron.